

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Me acaban de contar una historia que es muy dolorosa y que es de lo más vulgar y cotidiano. Tema: la virginidad de las vírgenes. Esta vez no se trata de la tragedia de su pérdida: "No vayas al río/ ya de nohecito/ vida de mi vida/ cuida el cantarito/ no te vaya a suceder/ lo que le pasó a mi tía/ que se lo rompieron una tarde cierto día/ no se lo iban a romper/ si'onde quiera lo ponía".

Este caso es al revés: es el rechazo, el no encuentro, el desamor por la virginidad de una mujer madura. El miedo y la extrañeza frente a una virgen que no es niña.

María, soltera de treinta años. Educación tradicional, represiva, castradora. A su edad, ni se ha casado (¡horror!), ni nunca ha sido desflorada. Es virgen (¡más horror!). Es estudiante universitaria y desde hace tres años está en psicoterapia. Hasta hace muy poco era, emocionalmente, una niña. Una niña que se sentía fea y sin valor. Lentamente ha ido creciendo, conquistando su independencia. Me dicen que es guapa y lista y simpática. Que hasta se está volviendo feminista. Está viviendo sola, está como en una adolescencia tardía, queriendo conquistar al mundo, despertando a muchas cosas, entre ellas, a la sexualidad y al amor.

El caso es que en estos últimos tiempos tuvo dos encuentros sexuales. Uno, galán soltero que la rondaba. Otro, casado, encuentro ocasional. Por supuesto que ni ellos ni ella querían amor eterno ni casamiento; sólo un acostón. Ella, iniciando su "liberación", tímida y emocionada, accedió. En ambos casos todo iba muy bien, qué romántico, luz tenue, cómo me gustas, qué linda estás, hasta que descubrieron (uno de palabra, otro de obra) que ella era virgen. Y entonces, oh milagro, ambos huyeron. El casado siempre sí creía en la fidelidad conyugal y se acordó de su esposa, se vistió y se fue, y el soltero dijo que qué responsabilidad tan grande, y que siempre no, y desapareció.

María se quedó cerrada. María, furiosa, conserva su himen. María quisiera tener una vida sexual normal, por fin. Pero no pagando el precio del matrimonio, por ahora. María se siente un monstruo. Está indignada de tener que estar atendida a que un varón le haga el favor de desflorarla. Le dé la normalidad por favor. María tiene mucho miedo del próximo encuentro; de que el próximo galán también se asuste y se vaya. Me acordé de *El Segundo Sexo*; por ahí dice que a los hombres les aterra una mujer madura virgen.

Cuando mis primas, amigas, hermanas y yo nos ca-

samos, casi todas éramos vírgenes. Creíamos que eso era un valor. Nos entregamos, la noche de bodas, a nuestro primero y único dueño. Fuimos desfloradas en un clima de ofrenda ritual, de inmolación, de éxtasis, pensando en el amor para toda la eternidad.

Hoy. ¿seguirán pensando así las chavas? Por lo que se me parece que no. Y menos las chavas feministas. Pero. ¿los varones? ¿Cómo será hoy la iniciación sexual de las chicas?

Yo quisiera conocer a María y, acompañándola en su coraje, quisiera platicar con ella y decirle que vaya corriendo a alguna ginecóloga buena onda y que le rompa quirúrgicamente el himen maldito. Y que después se acueste con quien le dé la gana, sin tener que dar explicaciones, sin tener que contar su vida, sin que ninguno de sus posibles amores sienta el peso de ser *el responsable, el dueño, el primero*.

Y me gustaría que fuera una conquista feminista el lograr que se acabe la virginidad. Que no hubiera vírgenes físicas. Que fuera un asunto de decisión de las mujeres: yo quiero tener relaciones sexuales, yo no. Que no hubiera la *prueba* de tu virtud. Yo quisiera que a todas las niñas les rompiera un doctor el himen, con su anestesia local, su bisturí, ya estuvo. Cuando nacieran. Como cuando te agujeran las orejas. En el sanatorio. Y ni te duele ni te acuerdas.

Que ningún hombre se sintiera el primer conquistador. Que las mujeres no perdieran *nada*, ni siquiera simbólicamente, con el ejercicio de su sexualidad. Que ningún hombre te pudiera reclamar si hubo uno antes que él. Que sólo la mujer se acordaba, si valía la pena, cuál fue su primer amor. Que no sigamos siendo propiedad de quien nos desflora.

O que fueran al consultorio las chicas vírgenes que *decidieran* dejar de serlo. Cuando quisieran. Podrían prepararse conscientemente para el control de su fecundidad con más alternativas. Podrían usar tampones cuando quisieran.

Yo no sé; habría que investigar si el himen sirve para algo, fisiológicamente, en las niñas. Pero de alguna manera habría que acabar con el mito del huerto cerrado, del orgullo del conquistador-descubridor ("la mula que yo ensillaba/ la ensilla mi compañero/ el consuelo que me queda/ es que yo la ensillé primero").

Habría que acabar con el binomio virginidad-matrimonio, que aunque muchas no lo creamos, sigue existiendo. Y se sigue pensando en términos de vírgenes-buenas-intocables-sagradas-futuras madres de nuestros hijos y no vírgenes-disponibles-putas-acostables-manchadas-nada importa. Y esa identificación de La Sexualidad = La Penetración.

Sí, ya sé que qué dirán los padres decentes. ¿Que a mi hija le quiten su virginidad, su pureza, su tesoro, su máximo valor, desde chiquita, o a los quince años, después del te-deum? ¿O que ellas decidan cuándo? Sí, ya sé. Es algo anti-natural. Es algo utópico. Pero también el viaje a la luna y los aviones y el voto de las mujeres eran antinaturales y utópicos, ¿no? Tú piénsalo, querido diario. *Jm*